

cluid el soldado su ejercicio, sabía lo que deseaba saber.

Al otro día, para repetir prácticamente lo que había aprendido la víspera, se acercó á un recluta que estaba limpiando su fusil, y le dijo:

—¿Sabes manejar tu arma?

—Un poco, mi comandante contestó el recluta.

—¿Sabes cargarla al mand?

—No, mi comandante.

—Bueno, pues te voy á enseñar yo. Trae tu fusil. La carga se hace en once tiempos, que son estos: uno... dos... tres.....

Y empezó á cargar el arma con tanto des- embarazo, como si esa fuese su ocupación habitual.

Cuando era á un oficial á quien se dirigía para desvanecer su ignorancia ó sus dudas sobre algún punto, procedía de otro modo. Se acercaba á él y le decía, dándole una palmadita en el hombro:

—Oiga vd., compañero, ¿sabe vd. lo que significa esta palabra?

—Sí, mi coronel.

—Pues yo no.

—¿Pero cómo no lo ha de saber vd., mi coronel?

—No, compañero, no lo sé. Mas ésto no es vergonzoso; lo vergonzoso sería que no lo aprendiera nunca. Vamos, compañero, explíqueme lo que esa palabra significa.

Y como Corona era generalmente estimado, el oficial á quien le hacía alguna consulta de muy buena voluntad se convertía por algunos momentos en el instructor de su jefe.

Las dudas que á Corona le ocurrían acerca del significado de las palabras, se derivaban del deseo que tenía de no leer nada sin entenderlo á la perfección.

Sus lecturas, á las cuales dedicaba parte del tiempo que el servicio le dejaba libre algunas veces, eran de preferencia las de libros didácticos ó históricos sobre el arte de la guerra.

Cuando llegaba con su fuerza á alguna población, en el acto se relacionaba con las autoridades, y á fuerza de conversar con éstas, sin objeto alguno al parecer, sobre los asuntos que estaban acostumbradas á manejar, aprendía de ellas algo nuevo, algo práctico, algo que tal vez podría él utilizar en alguna ocasión.

Se comprende que este incansable anhelo de aprender, tenía que ir enriqueciendo con rapidez la mente de Corona, dándole poco á poco aptitud necesaria para desempeñar el papel que el destino le había señalado en nuestra historia.

Esas tendencias de Corona, esa inclinación que mostraba al estudio, no preocupaban, sin embargo, su espíritu más que en las escasas horas de relativa tranquilidad que los acontecimientos de la guerra le dejaban disponibles. Apenas lanzaba el clarín sus penetrantes notas, desaparecía instantáneamente su afición á la lectura, montaba á caballo y no pensaba ya más que en combatir.

Tampoco le impedía su deseo de aprender, ser un compañero jovial y amable con los demás oficiales de graduación análoga á la suya. Alternaba, pues, con ellos, conversaba y era en todos casos un buen amigo ó un compañero servicial.

En una cosa sí se abstenía de obrar como los demás: en los excesos de mesa ó de bebida á que suelen entregarse los oficiales en campaña cuando la oportunidad se les presenta. Todo lo que fuese glotonería ó intemperancia le causaba á Corona una especie de horror; y no sólo mostró esta antipatía cuando fué simple oficial, sino que la conservó, como es de suponerse, cuando sus servicios le hicieron alcanzar el más alto grado en la gerarquía militar.

—Pero, coronel, le dijo un día un compañero de armas, vd. no bebe vino, no fuma, no toma rapé, no echa de menos la comida, no se cansa nunca, no tiene sueño sino cuando hay una buena ocasión de dormir.... Decididamente, coronel, no es vd. un hombre como los demás.

Corona contestó:

—He tenido la fortuna de nacer y crecer sano y fuerte, como si hubiese sido formado expresamente para la guerra. En cuanto al género de vida que llevo, tal vez sea un poco raro entre nosotros, pero creo que es el que me pone en mejores condiciones para cumplir con mis deberes de soldado.

Y en efecto, como siempre tenía la cabeza despejada y el espíritu libre, podía estar sobre aviso á todas horas y constantemente alerta.

Se comprende que un hombre dotado de un carácter como el que venimos esbozando, estaba llamado por la fuerza de los acontecimientos á prestar importantes servicios á su país.

Prosigamos nuestra narración.

IV.

En Escuinapa, á donde según hemos dicho, se dirigieron Villanueva y Corona después de abandonar á Acaponeta, ambos jefes se encontraron con el coronel Bonifacio Peña, que acababa de ser nombrado Jefe político y

Comandante militar de Tepic por el Gobierno Constitucional. Traía consigo 200 hombres y algunas piezas de montaña, que unidos á las fuerzas de Villanueva y Corona tomaron el nombre de "Sección de Tepic," siendo el jefe natural de ellas el coronel Peña, á instancias del cual se procedió á nombrar por elección al que debía ser su segundo.

Reunióse con este objeto una junta de jefes y oficiales, y se procedió á la elección. En el momento en que cada uno de los presentes escribía su voto en una cédula, se levantó de su asiento el capitán Bibiano Dávalos y dijo en alta voz:

—Señores, ¿para qué proceder entre soldados con tanta reserva? Cada uno de nosotros es libre de designar francamente á quien quiere. En cuanto á mí, doy con mucho gusto mi voto en favor del comandante Corona.

Oyóse entre los oficiales un rumor de aprobación, que presagiaba el nombramiento de Corona; pero éste, en un arranque de esa sinceridad que era una de sus cualidades características, se levantó á su vez y dijo:

—Señores, si la designación que mi amigo el capitán Dávalos acaba de hacer en mi favor, muy bondadosa pero muy indebidamente, en el acto, pues no quiero hacerme cómplice de una injusticia. Es á nuestro teniente coronel el Sr. Villanueva á quien todos debíamos designar, y por mi parte he cumplido ya con ese deber.

Al verse señalado tan directamente Villanueva se acercó á Corona y le dijo:

—Amigo mío, mi edad y mi familia son un obstáculo para que yo continúe en el servicio. He trabajado por que lo nombren á vd., ¿le parece que he hecho mal?

—Pero, mi jefe, replicó Corona sorprendido, ¿es cosa resuelta la separación de vd. del servicio?

—Sí, y sólo esperaba yo una ocasión favorable para hacerlo, y me parece que esa ocasión es la presente.

En vista de esta explicación, Corona no insistió en su negativa, y fué nombrado segundo jefe de la Sección de Tepic.

Desde aquella ocasión fué ya visible la creciente popularidad del joven caudillo.

Una vez hecho el nombramiento de segundo jefe la tropa liberal se puso en marcha sobre Tepic, ocupado por las chusmas de Lozada. Trábose entre éstas y aquellas; disputándose la posesión de la ciudad, un combate feroz y sangriento que duró cinco horas, al cabo de las cuales los lozadeños abandonaron sus posiciones, que quedaron en poder de las fuerzas constitucionales. Estas compraron cara la

victoria, pues sufrieron muchas pérdidas, teniendo, además, que lamentar la muerte del coronel en jefe Peña, á quien cuatro balas le atravesaron el pecho durante la acción.

La pérdida de este jefe, puso á Corona al frente de la Sección de Tepic.

A partir del 11 de Junio de 1859, fecha en que se verificaron estos acontecimientos, Corona comunicó á la Sección que había quedado bajo su mando, su actividad juvenil y su ardimiento patriótico. La Sección de Tepic vino á convertirse en la pesadilla de Lozada, y su jefe llegó á parecerle su ángel malo.

Obrando unas veces por su propia cuenta y otras en combinación con algún jefe superior de las fuerzas liberales, Corona y sus tropas se encontraron en todas las victorias alcanzadas sobre el fiero jefe de la reacción en Tepic, sufriendo otras veces grandes descalabros. Pero el alma de Corona estaba demasiado bien templada para que se quebrantara ante los reveses más rudos. Apenas acababa de obtener el enemigo algunas ventajas sobre él, cuando ya estaba rehaciendo de nuevo sus tropas; y una vez reorganizadas, las llevaba al combate con tanta intrepidez como antes.

Mediante su concurso, Lozada, que se había enseñoreado de Tepic, fué desalojado de él varias veces, aunque sus crecidas hordas y los auxilios que recibía de los jefes reaccionarios, lo ponían en actitud de recobrarlo con más ó menos dificultad.

Mas esa guerra constante que le hacía Corona, contribuía, en cierto modo, á repimir los ímpetus del bandido del Nayarit, para el cual el robo, el asesinato y el pillaje, lo mismo podían considerarse como consecuencias de la guerra, que como medios de ejercer el gobierno de que estaba encargado por la reacción.

Tanta resonancia tuvieron los triunfos y servicios militares de Corona, aún fuera de Tepic, que el Gral. Ogazón, Gobernador y Comandante Militar de Jalisco, le envió como recompensa y como estímulo el despacho de coronel de Guardia Nacional, el 15 de Octubre del mismo año de 1859. Mas no le mandaba auxilio ninguno para sus tropas, porque carecía de recursos para hacerlo.

Corona tuvo, pues, el gran mérito de haber mantenido vivo el fuego sagrado de la revolución liberal en Tepic, en medio de las privaciones y de las penalidades más amargas, cuando no sólo se veía casi abandonado en aquel remoto territorio, sino cuando ni siquiera se vislumbraba el triunfo de la causa en el porvenir.

El año siguiente (1860) fué más propicio á las armas constitucionales, y la batalla de

Calpulálpán abrió las puertas de la capital al gobierno legítimo. Mas la lucha, aunque bastante amortiguada, continuó en varios puntos del país, entre los cuales se encontraba Tepic.

En Noviembre de 1861, Ogazón dispuso aumentar las fuerzas de Corona y organizar con su ayuda una campaña decisiva contra Lozada. Empezóse, en efecto; pero algunos días después de comenzada, Ogazón recibió órdenes terminantes del Gobierno, que le obligaban á partir perentoriamente de Tepic, retirando sus fuerzas. Era que los preliminares de la guerra de Intervención empezaban á desarrollarse en el Oriente de la República.

Alarmados los tepiqueños porque se les iba á dejar expuestos á las depredaciones y venganzas del irritado Tigre de Alica, como llamaban á Lozada, lograron por la mediación de los principales comerciantes de la plaza, cerca de Ogazón y del jefe reaccionario, que éstos entraran en convenios para proporcionar la paz á aquella región entregada por tanto tiempo á las agitaciones de la guerra.

Los tratados, en los cuales sólo pudo convenir el general Ogazón á causa de las difíciles circunstancias porque atravesaba el país, se firmaron el 1º de Febrero de 1862, en Pochotitán.

Una vez obtenida de ese inesperado modo la sumisión de Lozada, Corona pidió marchar al Oriente de la República con 1,000 hombres del contingente que Jalisco iba á enviar, para la guerra que se preparaba. Ogazón contestó á su demanda en sentido favorable.

A fines de Mayo se hallaba viajando Corona fuera de Tepic, terminando sus preparativos para partir al Oriente con sus tropas, cuando al pasar un día por el cañón del Ceboruco, caen sobre él repentinamente 200 lozadeños emboscados allí con el exclusivo objeto de asesinarlo. A pesar de la confusión consiguiente á la sorpresa, logra escapar con vida Corona, no sin que perezcan quince soldados de su escolta. Apenas acababan de salir del desfiladero en que los habían sorprendido, cuando uno de los soldados dijo con espanto:

— ¡Está herido el coronel!

Todos volvieron la vista hacia Corona, y le vieron el rostro cubierto de sangre.

— No es nada, dijo el jefe limpiándose la sangre. Tengo un rasguño, y nada más.

Una bala lozadeña le había atravesado el sombrero, hiriéndole superficialmente la cabeza. Con una línea más de inclinación que hubiese tenido el arma que lanzó aquel proyectil, Corona habría quedado muerto allí.

Al día siguiente, supo que Lozada había roto los tratados de Pochotitán el 1º de Junio y se había echado sobre Tepic, sorprendiendo

á la guarnición. Al punto comprendió que su marcha hacia el Oriente iba á quedar frustrada con aquel suceso. Volvió con rapidez hacia Tepic, recogió los dispersos que halló á su paso, reorganizó su sección y se dispuso á emprender nuevamente aquella guerra implacable que tan ardientes deseos de venganza había despertado en el corazón de Lozada.

En Julio, el gobernador de Sinaloa, D. Plácido Vega, se comprometió á suministrar recursos á la Sección de Tepic, á cambio de algunos servicios que ésta prestaría al Estado. El 19 de Octubre, Corona atacó á Tepic. Sus fuerzas constaban ya de 2,000 hombres, y habían tomado el nombre de Brigada. Fueron rechazadas, y este contratiempo sirvió de pretexto á Vega para faltar á lo pactado. Pero habiendo llegado á Guadalajara, en Noviembre, el General Manuel Doblado, que iba en calidad de Gobernador de Jalisco y con un alto cargo militar en Occidente, ese jefe dió orden al gobierno de Sinaloa para que signiera proporcionando recursos á la tropa de Tepic, y confirió á Corona el grado de General de brigada.

V.

A pesar de las órdenes de Doblado, la situación de la Brigada de Tepic continuaba siendo tan precaria como antes. El general Jesús García Morales, que había reemplazado en el gobierno de Sinaloa á Vega, se negaba á auxiliar á las fuerzas de Corona.

Esta circunstancia y la impopularidad que rodeaba á García Morales, decidieron á Corona á tomar participo en un pronunciamiento promovido por el coronel Antonio Rosales y el coronel Joaquín Sánchez Román, con el objeto de derribar al gobernador de Sinaloa, lo que pronto consiguieron. En su lugar fué nombrado el coronel Rosales, quien comenzó á ejercer su cargo en Octubre de 1864.

El 12 de Noviembre fundó en Mazatlán la escuadra invasora del Pacífico, y su comandante Kergrist anunció al comandante de la plaza que desde el día siguiente que tarían rotas las hostilidades. De acuerdo con Corona, Rosales salió de la plaza con sus tropas, y después de sufrir algunas pérdidas en un encuentro con Lozada, que había entrado ya en convenio con los invasores para obrar en combinación con ellos, llegó al pueblo de Quelite, donde se le unieron Corona y Sánchez Román con sus respectivas brigadas. Después de ponerse de acuerdo los tres jefes acerca de los medios de proseguir la guerra, Corona partió al frente de las brigadas Unidas de Sinaloa y Jalisco, rumbo á la frontera de Durango, de

donde era posible que fueran tropas francesas á invadir el Estado. Situóse Corona sobre la sierra, en un lugar que se llama el Espinazo del Diablo, y el 1º de Enero de 1865 sostuvo allí un combate encarnizado contra la vanguardia de la 1ª división del ejército francomexicano, siendo al fin desalojado de su posición á causa de la superioridad numérica del enemigo, mas no sin causarle grandes pérdidas. Habiéndose internado de nuevo en Sinaloa, derrotó el 10 de Enero en Veranos, en unión de los generales Rubí y Corea, á una sección compuesta de 100 cazadores de Vincennes, 50 traidores y 50 arrieros armados, que había dejado allí el general Castagny, jefe de la división antes nombrada. Al llegar á Concordia, Corona envió á Chihuahua á D. Juan B. Sepúlveda, á fin de que recabase del Presidente de la República, que se encontraba allí, la legalización de sus actos, pues desde el pronunciamiento contra el gobernador García Morales, en el que Corona había tomado parte activa, sus actos no reconocían un origen legal. El Sr. Sepúlveda era el encargado del ramo de hacienda en los Distritos de Mazatlán, Concordia, Rosario y San Ignacio.

Los meses de Marzo y Abril fueron adversos para los soldados republicanos; pues sufrieron en varios puntos del Estado derrotas tras de derrotas, al mismo tiempo que los recursos para la defensa se hacían cada día más escasos, pues muchas poblaciones habían sido devastadas, los campos permanecían improductivos, los ganados se habían agotado y el hambre se hacía sentir por todas partes.

A la vista de estas regiones desoladas, Corona decidió avanzar hacia el Norte, y á principios de Mayo llegó á Culiacán. Allí se encontró con que Rosales había tropezado con graves dificultades en el gobierno y con que estaba resuelto á delegar su poder en Corona, si éste no accedía á algunas exigencias que á Corona parecieron infundadas. Como el gobernador insistiese en su propósito, Corona recibió su dimisión; pero inmediatamente propuso en una junta de guerra fuese nombrado gobernador provisional de Sinaloa el general Domingo Rubí. Su proposición fué aceptada como era natural. Después de consumado este cambio de gobernante, Corona dispuso que se quedase una guarnición en Culiacán, y él partió con el resto de las brigadas Unidas de Sinaloa y Jalisco hacia Tamazula, Estado de Durango, para atacar á los invasores por aquella parte. En el curso de la marcha recibió algunos pliegos del Gobierno Federal. El Presidente de la República aprobaba todos los actos cumplidos por Corona hasta entonces, y

le enviaba el despacho de general efectivo de brigada, grado que algún tiempo antes le había concedido el general Manuel Doblado. El gobierno aprobaba también la marcha de Corona hacia Durango; pero pocos días después le envió la orden de contramarchar y de volver á Sinaloa con el fin de continuar la campaña. Al llegar á ese Estado, vió Corona que lejos de haber mejorado la situación de los patriotas, los distritos de Rosario y Concordia habían caído en poder de los imperialistas. Bajó hacia el Sur sin dilación y extendió su tropa en una circunferencia que encerraba á Mazatlán del modo siguiente: en Villa Unión, punto situado al Oriente del puerto, se colocó una fuerza de caballería á las órdenes del comandante Leonardo Pulido; en Siqueros, otro cuerpo de tropas, con el teniente coronel Eulogio Parra á su cabeza; en la ranchería de Palmasola, una sección al mando del comandante Donato Guerra; en las Mórás, la brigada de Jalisco, que mandaba el general José M. Gutiérrez; en Concordia, la brigada del general Rubí, gobernador del Estado, y en Urias, una guerrilla mandada por su jefe D. Juan Miramontes. Los puntos escogidos se extendían en torno de Mazatlán, á una distancia de él de cuatro á ocho leguas. El cuartel general se estableció en Villa Unión. Varios meses conservaron las tropas aquellas posiciones teniendo que sostener frecuentes pero poco importantes combates con el enemigo. A mediados de Marzo de 1866 el general Corona supo que Lozada, al frente de 2,000 hombres, había salido de Tepic, pasando por Acaponeta, á fin de venir á atacar á las tropas republicanas en combinación con las invasoras de Mazatlán. Al mismo tiempo habían de salir del puerto mil hombres para incorporarse á las tropas procedentes de Tepic. Corona comprendió la necesidad de impedir que los aliados unieran sus esfuerzos, y con este objeto fué en el acto al encuentro de los franceses, que avanzaban rumbo á Villa Unión, donde ambas tropas se avistaron. Rompieron el fuego, y durante los días 19, 20 y 21 de Marzo, republicanos y franceses sostuvieron tenaces combates, que les causaron considerables pérdidas de hombres. De Villa Unión, los franceses tuvieron que retroceder con grandes desventajas á Mazatlán. Lozada siguió avanzando hacia el interior de Sinaloa, y el 1º de Abril llegó á Concordia. Corona dispuso atacarlo el mismo día, para lo cual distribuyó sus tropas en tres columnas, que asaltaron la ciudad con mucho denuesto; pero no obstante eso, fueron rechazadas con lamentables pérdidas, pues entre los muertos se contó al general José M. Gutiérrez,

al coronel Onofre Campaña y á varios oficiales. Las fuerzas derrotadas se retiraron en desorden durante la noche. Después de esta derrota la situación de los republicanos vino á ser en extremo crítica, y habría llegado á convertirse en desesperada, si el jefe tepiqueño y los franceses se hubiesen confabulado para batir á los patriotas; pero felizmente para la causa nacional, sobrevino algún desacuerdo entre los extranjeros y Lozada, con motivo de la primacía en el mando de las fuerzas que iban á obrar en combinación, y estas desavenencias resolvieron á Lozada á contramarchar á Tepic, dando así tiempo á los republicanos para rehacerse y volver á ocupar sus anteriores posiciones en derredor de Mazatlán, sosteniendo con los franceses frecuentes combates por conservarlas. El 26 de Mayo el Gobierno Federal expidió al general Corona un despacho en el que le confería el mando del Ejército de Occidente, dándose esta denominación á las tropas que había tenido hasta entonces bajo sus órdenes con el nombre de Brigadas Unidas de Sinaloa y Jalisco, y á cuantas se reclutasen y organizaran en lo sucesivo para la defensa de los Estados de Sinaloa, Jalisco y Colima; confirrándole, además, plenos poderes para la remoción y nombramiento de gobernador y comandante militar de cada uno de esos Estados, que quedarían subordinados á su autoridad; facultándole, por último, para disponer de las rentas federales en el vasto territorio de su jurisdicción, y para procurarse los recursos necesarios para la campaña, por medio de los impuestos que creyese conveniente decretar. Con tan amplísimas facultades, Corona aumentó considerablemente sus fuerzas, lo mismo que sus recursos, y pudo no sólo acercarse más á Mazatlán y seguir hostilizando al enemigo, sino también enviar algunas tropas á Sonora y á Santiago Ixcuintla, para dispersar las fuerzas de Lozada, que se estaban reuniendo en este último punto. Los auxilios enviados á aquel Estado ayudaron á decidir la campaña, que terminó con la toma de Guaymas por los republicanos el 15 de Septiembre. En Sinaloa los franceses se encontraban reducidos al puerto de Mazatlán y al puesto avanzado de Palos Prietos, á corta distancia de aquél. Conociendo Corona la ventajosa posición de los soldados republicanos y el embarazo en que el enemigo se encontraba á causa de su situación excepcional, pues había sabido que las tropas francesas iban á ser retiradas de México por orden de Napoleón III, resolvió emprender una serie de combates más formales que los que hasta entonces se habían empeñado. Dispuso, pues, atacar el fortín de Palos Prietos el 12 de Septiembre á

la madrugada, y el día 13 fué ocupado por sus soldados. El terreno dominado por las fuerzas imperialistas se estrechaba cada vez más; pero Corona no creyó oportuno aún intentar un asalto á la plaza. En consecuencia, se limitó á enviar sobre Jalisco una brigada que sirviese de vanguardia al ejército de Occidente, el cual no tardaría en avanzar en esa dirección, hacia el centro de la República, para concurrir á la destrucción decisiva de las fuerzas imperialistas. El 4 de Noviembre las tropas republicanas se acercaron más á Mazatlán, y quedaron escalonadas de Venadillo á Palos Prietos. En la madrugada del día 13 lograron desalojar al enemigo de la primera línea fortificada, la que fué luego ocupada por los patriotas. Por fin en la mañana del mismo día 13 los franceses abandonaron el puerto y se embarcaron precipitadamente, valiéndose de la astucia para lograr que se suspendieran las hostilidades, mientras ellos verificaban su retirada. La ciudad fué inmediatamente ocupada por las fuerzas republicanas, en medio de las ovaciones más estrépitosas de la población sometida dos años al duro régimen imperial.

Pocos días después de esta fecha memorable para los sinaloenses, Corona recibió del Presidente de la República el despacho de general de División, firmado el 2 de Noviembre, como recompensa al valor y perseverancia con que había defendido á la patria en una de sus épocas más tormentosas. Extinguida hasta la última chispa del incendio intervencionista en Sinaloa, Corona salió el 20 de Diciembre de Mazatlán, para concurrir al fin de la campaña en el interior de la República. Pasa por Tepic, desafiando la ira y el despecho de Lozada, entra en Guadalajara, se apodera de Colima, y va á tomar parte en el sitio de Querétaro, en calidad de general 2º en Jefe del Ejército sitiador; se dirige, por último, hacia la capital de la República, asediada á la sazón por el general Díaz, y ayuda á este jefe á obtener la rendición de la ciudad.

Re establecido el orden constitucional, el general Corona regresó á Occidente, en calidad de Jefe de la 4ª División del Ejército. En 1873 vence en los campos de la Mojonera á Lozada, que al frente de 6,000 hombres, pero pudiendo disponer de 18,000 si sus primeras operaciones alcanzan un resultado favorable, intenta tomar á Guadalajara y restablecer en el país el antiguo predominio de la raza indígena. En Mayo del año siguiente parte para España como Ministro Plenipotenciario de México en aquella corte. Permanece en Europa doce años; vuelve al cabo de ellos á la patria, es electo gobernador de Jalisco á principios de 1887, y

el 10 de Noviembre de 1889 cae herido mortalmente bajo el puñal de un asesino, en una de las calles de la ciudad que diez y seis años antes defendiera tan heroicamente contra las hordas terribles de la fiera de Alica.

En esta rápida reseña hemos pasado por alto muchos, muchísimos acontecimientos capitales ó incidentales, que aunque servirían para dar una idea más completa de las operaciones del Ejército de Occidente y de los servicios prestados por su ilustre jefe á la nación, no pueden tener cabida en el estrecho espacio reservado á estas semblanzas. Conformémonos, pues, con lo dicho.

VI.

El General Ramón Corona era un hombre

Los detalles de este deplorado acontecimiento viven aún en la memoria de los contemporáneos, y no se han olvidado tampoco los rumores que acerca de él circularon, y en los que se consideraba al asesino como instrumento de alguna agrupación política ó social. Mas como ninguna prueba plena, entonces ni hoy, ha venido á establecer que tales rumores hayan tenido fundamento ó crecido de él, debemos dejar al tiempo la dilucidación de las dudas que sobre el asesinato del Gral. Corona pudiera haber, y limitarnos á la reminiscencia del hecho en su manifestación visible, prescindiendo de su móvil oculto, si lo tuvo. Recordaremos, pues, en pocas palabras el suceso. El domingo 10 de Noviembre de 1889, caminaba el Gral. Corona acompañado de su esposa, su pequeño hijo Carlos y una antigua aya de éste, en dirección al Teatro Principal de Guadalajara, para asistir á la representación dramática de esa tarde, á que había sido invitado, cuando al llegar á la esquina de la calle de Degollado, próxima al coliseo, un desconocido se arrojó á él, puñal en mano, y le infligió tres profundas heridas, sin que los esfuerzos de la Sra. de Corona por impedir la consumación del crimen tuviesen el resultado que se proponía. Traducido el casi espirante general á su casa, fué asistido con extremada solícitud por los médicos más acreditados de Guadalajara; mas todo en vano; su salvación era imposible, y á las 7 y 55 minutos del día siguiente, dejaba de existir, tras una tranquila pero dolorosa agonía, el antiguo jefe del heroico Ejército de Occidente, que tanto hizo por la causa de la República.

En cuanto al asesino, una vez cumplido su propósito, echó á correr por la misma calle de Degollado, y cuando se encontró á más de veinte pasos del sitio en que acababa de herir al general, se dio á sí mismo cuatro puñaladas, que le privaron casi instantáneamente de la vida. Así lo dijo la prensa de Guadalajara. Hacia la debida investigación acerca del asesinato y suicidio, se supo que se había llamado Primitivo Bon, que había sido primero preceptor de una escuela, en seguida gendarme, y que tenía veintidos años de edad al cometer el crimen. Por el exámen de los papeles que se le hallaron en el bolsillo, se supo que el suicidio era desde tiempo atrás una monomanía en él. Entre esos papeles se halló una especie de declaración de principios, con el título de *Manifestación—Mi decisión suicida*. Ese documento es una incoherente profesión de fé, mitad deísta, mitad panteísta, en la que su autor trata de explicar y justificar su resolución de dar muerte al Gral. Corona, y de suicidarse en seguida. Tal explicación, sin embargo, ni siquiera se vislumbraba, como era de creer desde luego, en la extravagante disertación en que el asesino hace alarde de sus superficiales y mal asimilados conocimientos.

Como testimonio de gratitud al Gral. Corona, se ha levantado en Guadalajara un monumento á su memoria, y se ha dado su nombre á un mesado de la misma ciudad.

de alta estatura y de complexión muy vigorosa. Su rostro, de un tinte moreno claro y rosado, ofrecía una singular y simpática expresión, mezcla de afabilidad y energía, de dulzura y de firmeza. Animaba siempre á sus oscuros ojos una mirada tranquila y leal. Tenía amplia la frente, la nariz aguileña y la boca noblemente modelada. Sus cabellos eran negros, y un corto bigote del mismo color daba á su semblante el aire marcial que tanta confianza inspiraba á sus soldados.

No tenía Corona esos modales bruscamente familiares, que tan comunes eran en la clase militar de los pasados tiempos. Mostrábase decente y cortés con todo el mundo, y sus subordinados recibían de él un trato franco y amistoso.

Pero la moderación que mostraba en sus relaciones normales con sus inferiores, se trocaba en severidad intransigente cuando alguno de aquellos incurria en faltas ú omisiones dignas de castigo. Y eran tanto más respetadas sus órdenes, cuanto que Corona no tenía ninguno de aquellos vicios, ninguna de aquellas debilidades que en determinadas circunstancias nivelan al general con el último de sus soldados, y minan si nó el principio de autoridad, sí la base del prestigio gerárquico.

No bebía jamás licores embriagantes; era el hombre más sobrio de todo su ejército y su resistencia para soportar las fatigas y privaciones de la campaña, era sorprendente. Dormía poco y con un sueño ligero; estudiaba mucho y vigilaba siempre. Sus hábitos de templanza le hacían apto para este género de vida, que otros no habrían podido soportar mucho tiempo.

Su bondad ingénita y el espíritu de justicia que era uno de los rasgos más salientes de su carácter, le hacían conceder al jefe y al soldado lo que á cada uno le correspondía, sin preferencias originadas por debilidades ó complacencias ilegítimas.

Durante la larga campaña de Tepic que precedió á los tratados de Pochotitán, sucedió que en uno de los asaltos que Lozada dió á la plaza de Tepic, su gente se apoderó de una parte de la ciudad y se parapetó en ella. Para desalojarlo, se formó una columna cuya vanguardia se puso al mando del capitán Cefas Salmón. Este oficial, viendo que los soldados vacilaban al ir á atacar á pecho descubierto á un enemigo puesto casi á cubierto del fuego, sacó la espada, y con ademanes amenazadores y áspero lenguaje empezó á excitarlos á que avanzaran con más resolución. Corona que pasaba por allí á caballo en aquellos instantes, vió el mal efecto de las amenazas é injurias que Salmón dirigía á la tropa, por lo cual avanzó hasta las primeras filas de la columna,